

“Mamá, ¿cuándo voy a poder ir con falda al cole?”

Eso me preguntó mi hijo poco antes de cumplir 8 años. A partir de ahí supe que iba a complicarse un poco nuestra vida para conseguir que mi hijo sea feliz. Enseguida mi mente comenzó a proyectar conflictos que tendríamos que afrontar en mi propia familia, en el colegio, en el barrio... Y digo “tendríamos que afrontar” porque por supuesto he tenido claro desde el principio de mi vida como madre que yo estoy al lado de mis hijos, acompañándoles, apoyándoles en sus decisiones para ser felices. Aunque sus preferencias cuestionen algunos principios adquiridos con los años, aunque les gusten las princesas o los ninjas, *hello kitty* y el maquillaje, las pistolas y *lego star wars*.

Para mí es innegable que el entorno es hostil. Para quienes no siguen las reglas mayoritarias, para quienes se separan del modelo hegemónico. Puede ser por muchas razones (ser gafotas, demasiado grueso, demasiado alta, baja, oscuro de piel o de ojos rasgados...) Los motivos son numerosos cuando de discriminación se trata. Porque eso es lo que vive casi a diario mi hijo. Por vestir “de niña”, por llevar tranzas, por atreverse a usar falda... le insultan, menosprecian... no le pegan, eso ya no es aceptable en los coles como antes.

Pero le esperan en la puerta de clase para ver qué lleva puesto hoy, para reírse de él si va “de niña”, le tiran de las coletas, le dicen a otrxs que no jueguen con él, le abren la puerta del baño... A menudo me pregunto, ¿qué les impulsa a comportarse así?, ¿la presión del grupo, la envidia, la frustración? O ¿es el modelo que aprendieron? Algunas de sus familias me caen bien, son gente con la que tomarte algo y con la que compartes opiniones. ¿Qué falla entonces en el mundo adulto que favorece estos comportamientos en la infancia?

La complicidad de lxs adultxs de referencia, en las familias y en los centros educativos, es fundamental para que nuestras criaturas crezcan en un entorno seguro, donde no se consienta ningún tipo de discriminación. Debemos transmitir que no es aceptable ningún tipo de acoso, ni cuando lo sufren ni cuando lo presencian. Y exigir que lxs adultxs estemos alerta y seamos sensibles ante situaciones de abuso.

En una ocasión fue una maestra la que hizo el comentario sexista (“los niños no llevan la coleta ahí”). Aunque debo reconocer que en nuestro caso el personal del centro ha sido receptivo a nuestra demanda de prestar atención a lo que siente mi hijo. Habitualmente es a espaldas del profesorado cuando se producen las situaciones de acoso.

“Eso siempre ha pasado” no puede ser la excusa. Porque la sociedad actual no es precisamente ejemplar en términos de convivencia.

Porque queremos un futuro donde nuestras criaturas se desarrollen con todas sus potencialidades y sean felices.

Porque ese niño valiente que va con su falda roja de volantes al cole se merece que el mundo adulto le apoye, le proteja y aprenda de su valentía.

“Ya estoy acostumbrado a que se metan conmigo”, me dice. No te acostumbres hijo mío, protesta una y mil veces. La forma que tome tu protesta puede variar según quién y cómo te increpen. Muchas veces será por ignorancia, por rechazo a lo diferente. Pero no siempre hay que estar a defensiva; otras personas sentirán curiosidad y hasta envidia... Ten paciencia hijo mío porque hay gente que necesita tiempo para asumir que hay personas libres y que también pueden serlo.

La primera vez que mi hijo se puso la falda roja de vuelo y corrió por la calle saltando y girando, me di cuenta de lo fácil que es ser feliz, y hacer feliz a otra persona. Realmente parecía un pájaro volando libre después de salir de una jaula...

Estas experiencias me han unido más a mis hijos, me han hecho indudablemente más sensible. Soy más consciente de que las personas somos complejas, que vamos más allá de la etiqueta que nos han puesto o nos ponemos a nosotras mismas.

Y aquí estamos, intentando sensibilizar a grandes y pequeñxs, para conseguir un entorno seguro para todas las personas. Porque cuando se miman las diferencias todas las personas estamos a gusto y podemos crecer unas con otras, aprender unas de otras. Merece la pena el esfuerzo. Nos va el futuro en ello.

Firmado: Una mamá orgullosa de sus criaturas.

Intolerancia x Género: Una infancia perdida

Cuando mi pareja y yo decidimos ser padres, nunca tuvimos dudas de que lo educaríamos dentro del amor, la igualdad, el respeto, la diversidad....y que queríamos alejarle de tópicos, de roles tradicionales de género, sexismos y cualquier otra forma de intolerancia, ya que el respeto a la persona y a su dignidad era y es nuestra filosofía de vida.

Conocimos la Intolerancia X Género al poco de empezar 2º de Infantil, a los 4 añitos, pero no supimos reconocerla cuando un amiguito de su clase comentó “que como era un chico no podía jugar con muñecas”... Como la mayoría de la gente, pensamos que eran cosas de niñ*s , que eran muy pequeñ*s para que fuesen con malicia.....pero nos equivocamos y aunque la profesora de infantil manejo la situación lo mejor que pudo o supo, pasó de ser “un niño que jugaba con muñecas”, a ser “el raro del cole que no le gustaba el fútbol” o “el mariquita que bailaba”.

Cuando llegó a primero de primaria, seis añitos, comenzamos a ver a un niño muy diferente del que nos tenía acostumbrados, no sonreía casi nunca, estaba enfadado todo el tiempo, siempre buscaba pelea con nosotros o con su hermana y aunque le preguntábamos todos los días, no conseguíamos que nos contase que le pasaba, hasta que un día, al decirle que llegábamos tarde al cole, me miró a los ojos y me dijo:- Mama,¡ no quiero ir al cole!.

Empezó a llorar y a decirme que no le gustaba ir al cole, que los compañer*s le molestaban, le quitaban el estuche y le escondían las cosas, que no le dejaban jugar porque decían que era travesti, que además los niños de 6º (11años) le llamaban maricón en el patio y le encerraban en el baño para bajarle los pantalones mientras se reían de él e incluso le decían a otr*s niñ*s que no se juntasen con él porque era maricón

No podía dar crédito a lo que estaba escuchando! le abracé e intenté calmarle, diciéndole que iba a ir a hablar con la profesora, pero que no perdiera por eso la oportunidad de pasárselo bien con el resto de amig*s, a lo que me contestó lleno de furia: ¡prefiero morirme antes que ir al cole!!!! Me quede en Shock. No podía creerlo, solo tienen 7 añitos y quiere morirse? ¿Qué estaba pasando?..... le prometí que haría todo lo posible para que eso no volviese a pasar y le dije que iría ese mismo día a hablar con la directora del cole para que l*s compañer*s no le volviesen a molestar, a lo que me contestó con total normalidad: ¡No te preocupes Mama, yo me apaño solo, ya lo resuelvo yo, no tiene importancia, si ya estoy acostumbrado a jugar solo, no pasa nada tu tranquila!”. En ese momento se me rompió el corazón. Una criatura de 7 añitos, mi niñ*, al que yo debía proteger de toda injusticia, de todo el mal que hay en el mundo, estaba intentando

protegerme! desde su pequeña cabecita él entendía que yo estaba sufriendo y que aunque quería ayudarlo, no sabía cómo y estaba más perdida que él.

No sé cuantas veces pasamos, por tutorías, por gabinete psicopedagógico, por dirección, hasta por la inspección y tuvimos que escuchar que no podían hacer nada, que eran cosas de niños, que no veían problemas, que era una exagerada, que el niño tenía un carácter un poco... raro, que tratásemos de que el niño hiciese cosas comunes con los otros niños para hacer cohesión grupal, es decir: nos estaban diciendo que la culpa era de nuestra criatura por no esconder sus gustos y negarse a dejar de ser como quería ser, solo para encajar en su mundo binario.

Segundo y tercero de primaria no fueron mejores, nuestro hijo estaba cada vez más cerrado en sí mismo, se negaba a contar nada de lo que hacía en el colegio, decía que no sabía hacer nada, que todo lo hacía mal, que todo el mundo estaba en contra de él, llegó a decirnos que creía que él podía tener un problema mental o que tenía miedo de que dejásemos de quererle por lo mal que se comportaba, incluso nos mentía diciendo que todo le iba bien cuando sabíamos por terceras personas que no solo se seguían metiendo con él en el patio, sino que algún padre y madre al enterarse por boca de sus hij*s que el nuestro* jugaba con muñecas o baila en el patio, habían hecho comentarios del tipo: "uy pues eso hay que cuidarlo porque a ver si va a salir maricón" o "puf , eso huele a marica".

Aprendimos a empoderarnos, a querernos, a ser más fuertes y a luchar, pero aún así la culpa no dejaba de invadirme y llenaba mi cabeza de por qué...? Por qué le deje jugar con muñecas? por qué no le di coches? por que no le evite todo este sufrimiento apuntándolo a futbol? ...La única respuesta que encuentro es ¡porque lo amo!, ¡lo amamos! y lo amamos tanto que para nosotros era y es perfecto tal y como es.

Hasta hace unos años creía que la escuela era el mejor lugar para una criatura, evidentemente después de su familia, que era el sitio más seguro y más feliz que podía imaginar, pero lo que nunca imaginé es que para muchos niñ*s ese lugar sería un campo de batalla, donde cada día, cada minuto que pasan allí, es una tortura, teniendo que luchar y defenderse de una de las formas más crueles hasta ahora desconocida, como es la Intolerancia X Género.